Studies in Multidisciplinary Review
ISSN 2764-4782

Nihilismo y crisis del paradigma occidental

O niilismo e a crise do paradigma ocidental

DOI: 10.55034/smrv3n1-001

Recebimento dos originais: 23/02/2022
Aceitação para publicação: 07/02 /2022

Mario German Gil Claros
Doutor em Filosofia e Pós Doutor em Filosofia
Instituição: Diretor de Pesquisa da Redipe. Cali, Colômbia
Endereço: Calle 59n #2an-45. Santiago de Cali. Colômbia
E-mail: mariogil961@gmail.com

RESUMEN
El presente artículo centra su atención en lo que representa el nihilismo para nuestro presente y sus consecuencias en la vida humana. Vale enfatizar, que parte de un cuestionamiento entre lo que sería el nihilismo pasivo y el nihilismo activo, el uno como principio de conformidad, el otro como principio de liberación, en sociedades desiguales, como lo es el mundo del capital, en estrecha relación con el ámbito político, la vida moderna o contemporánea.

Palabras clave: capital, época, modernidad, nihilismo, paradigma, política, sentido.

RESUMO
Este artigo centra-se no que o niilismo representa para o nosso presente e as suas consequências para a vida humana. Vale a pena sublinhar que parte de um questionamento entre niilismo passivo e niilismo activo, um como princípio de conformidade, o outro como princípio de libertação, em sociedades desiguais, como o mundo do capital, em estreita relação com a esfera política, a vida moderna ou contemporânea.

Palavras-chave: capital, época, modernidade, niilismo, paradigma, política, significado.

1 INTRODUCCIÓN

La certeza de lo que hemos sido, la certeza del mundo construido, la certeza de la razón heredada, en especial del mundo moderno, ha perdido progresivamente eso: la certeza, la credibilidad paradigmática. Tal como como lo dijera Marx para la sociedad burguesa: todo lo sólido se desvanece en el aire. Precisamente, el nihilismo que atraviesa nuestra actualidad, nuestra época, es

un espectro que nos quita el sueño; se convierte en demoledor de toda certeza alcanzada y la incertidumbre queda a flor de piel en el ser - humano, nacido y cultivado en dicha certeza.

Vivimos un presente, una época, donde la precariedad es la constante en la existencia humana, en la que el temor, el miedo, la desesperanza, el desencanto, la angustia, acompañados de la ansiedad, se han convertido en referente y en un vacío para el ser-humano, donde los sueños juveniles de un mejor futuro de vida se trasforman en nubarrones, que anuncian fuertes tormentas. Ya no viajamos en el tren del progreso, cuyo curso se asemeja a la flecha de la historia agustiniana-hegeliana, que nos permite llegar con plena confianza al hogar prometido. Así, tenemos la valentía de asumir el nihilismo frente a un mundo tanto singular como colectivo, que agobia por sus tempestades, que, para salir de ellas, algunos ansían volver a viejas formas y relaciones de vida conservadoras, otros a través de respuestas ortodoxas y fundamentalistas en querer quebrar lo que se vive; asimismo, otros aferrados a un futuro virtual, que, en la mayoría de las veces, no lleva democracia, ni bienestar social humano, ni justicia social. A todo esto se suma la crisis del ecosistema y del discurso ideológico que se ha construido en torno a él. Quizá, estemos en los albores de una nueva episteme, de una nueva época, que el nihilismo[*] anuncia con fuerza. De esta manera, el presente artículo, desde una postura ontológico-política, emprenderá una breve reflexión sobre el nihilismo tanto pasivo como activo y de sus efectos, no sólo en lo político, sino en el sujeto y en el entramado social.

1.1 EL NIHILISMO COMO MALESTAR DE NUESTRA ÉPOCA

¿Vivimos una época nihilista? La fuerza del nihilismo, como una especie de agujero negro que corroe las manifestaciones de la cultura humana, pasa por la literatura, la filosofía, la fe, la ciencia, lo social, lo político y lo económico, entre otros; brilla en su accionar por la desvalorización de lo construido por el ser - humano[**], quedando perplejo o sumido en una des-orientación, que impide

[*] Según José Ferrater Mora, el nihilismo es la negación sustancial de la realidad, el cual envuelve lo epistemológico, lo moral, lo metafísico, lo psicológico, lo religioso, lo social. También se le asume como una concepción del mundo, donde la destrucción es creadora. (Ferrater, 1982. Pp. 2365-2367)

[**] Cuando hablamos del ser – humano, no nos referimos a la polémica de la década de los sesenta del siglo XX en la filosofía francesa, en torno al estatuto epistemológico y metafísico del

orientarse en el pensamiento, como dijera Kant. En este sentido, lo desvalorizado lo es, porque ya no representa, ya no refleja la respuesta que queremos; ante todo, la seguridad del vivir ante la des-orientación, acompañada de la vacuidad y de la turbación. El faro que nos ha guiado en tormentas, en días brumosos, en noches inciertas, nos condujo a lugares extraños, o simplemente se apagó su luz resplandeciente. La atmósfera se llena de incertidumbre, de desencanto, de olvido, de una época sin memoria y sin historia. Vivimos una patología de la cultura, de la política y de la economía, que ha conducido a la muerte, no sólo de Dios, sino del Hombre, posiblemente de la especie.

Por otra parte, ser nihilista implica estar comprometido con lo que representa, tal como se deja ver con los jóvenes rusos del siglo XIX; ejemplarizados en las novelas del momento, en especial de Turgeniev y Dostoievski, o como en Marx, que asume una postura radical destructora - constructora del mundo social-económico-político, en el que el hombre ya no se siente en su hogar, en su morada. En consecuencia, ya no lo vive, ni lo habita, se siente extraño y alienado, ajeno a su existencia. Espiritualmente, el hombre no se halla seguro y cómodo en su presente. No hay suelo, ni patria. Pierde su sentido. La metafísica ha dejado de ser refugio de esperanza y fe, frente a un cosmos aplastante; sólo queda el moribundo humano condenado a la ilusión de la libertad, acompañada de la angustia que el vivir causa. Precisamente, hoy la libertad pasa por un radical anonimato, cada vez más extraño. ¿Qué se puede hacer en medio de la soledad? Máxime que la ontología nihilista se caracteriza por la decadencia de todo lo construido, incluyendo la metafísica y la propia filosofía. En esta dirección, podemos decir: acaso el ser-humano, no es el sujeto metafísico que se engaña a sí mismo, donde hoy la efímera tabla de salvación es quizá la estética o el arte, reflejada en *El grito* angustiante del pintor del siglo XX Edvard Munch. Así, el nihilismo en su postura fulgura, por quienes, en su agudeza de pensamiento, cuestionan cualquier tipo de fundamento de la realidad en la que hemos crecido y creemos. En esta dirección, todo presupuesto acerca de la realidad queda abolido.

¿Quién es el nihilista? Para algunos filósofos, es aquel que está acompañado por el espíritu de decadencia de la época que vive. Decadencia y

hombre. Nos referimos a lo humano como lo más cercano al Ser. En nuestro caso, lo humano como ser existente, como especie y que con la filosofía toma otras definiciones y características. De ahí la urgencia del guion (-) como principio de relación entre el Ser y lo humano.

nihilismo, están estrechamente unidos, en lo que sería la falta de sentido de la misma en sus preguntas y pérdida de valor; dejándose arrastrar por el devenir cotidiano y por los acontecimientos como nihilismo negativo-pasivo, a diferencia del nihilismo positivo-activo, que reluce por la destrucción-construcción. ¿Dónde se refleja su crisis en nuestros días? En el *conocimiento*; refugio de certeza y de orientación. Así, vivimos una época de la no credibilidad, de la desinformación y de la desorientación, donde la verdad ha perdido interés.

El nihilismo en su accionar nos deja un profundo vacío, que intentamos llenar, pues el Ser no lo aguanta en su trajinar mundano. De ahí las posturas nostálgicas y conservadoras, o las posturas que apuestan por un mundo de índole cientificista; mientras crece el desierto nietzscheano a nuestros pies, acompañado de la angustia y crisis kirkegaardeana que pisa tierras movedizas; de nuevo, como lo expresara Marx, todo lo sólido se desvanece en el aire; no hay de dónde agarrarse ni andar con firmeza, solamente una realidad ficticia, que raya en la ilusión y la confusión. Vistas las cosas, la mirada nihilista ante el mundo es un eterno devenir, en la que la idea de progreso no tiene lugar con su desenfrenado optimismo arrasador de lo humano y del ecosistema.

¿Qué queda para un nihilista? Un mundo cuya estética se vuelve moldeable, variable, dispuesta a ser reconstruida o no como forma de vida en constante transformación. ¿Es a través del arte que superamos el nihilismo? Por lo menos el nihilista activo lo hace en gran medida, muchas veces sin importar las consecuencias, especialmente morales. El arte es lo único que justifica la vida misma, que hoy manifiesta grietas, gracias a los efectos del capital que lo ha penetrado orgiásticamente. Es así como el arte se refugia en la vida y no en el museo o en el mercado, atrapado en la libre oferta de la demanda en la que ha caído. Por tanto, el nihilismo se da a la tarea de cuestionar la cultura en su magnitud, ya sea religiosa, ya sea en el valor moral, ya sea en lo político, etc. En síntesis, el sentido humano. En consecuencia, el nihilismo desinstala lo instalado por la propia cultura como realidad desvanecida, en la que cada época trae su lastre nihilista. El nihilismo atrapa al sujeto en su vaciedad interior, lo confronta en su existencia, en su cuestionamiento, no sólo de sí mismo, del conocimiento, sino con la otredad de su época.

Ahora bien, se vive una época de la fragmentación, de la vaciedad y del ocaso epistemológico y cultural del hombre como paradigma; que, en términos

de Sartre, nos dice: el hombre se convierte en pasión inútil, pues en el horizonte inmediato le espera la finitud. En el caso de Foucault, anuncia su muerte. Cioran sostiene que el hombre se ha convertido en un asunto trágico insuperable, atrapado en la ilusión y en el límite ante la muerte. El hombre es un absurdo que persiste gracias a su terquedad y a su obstinada negación de finitud, aferrado a una metafísica de la eternidad, que renace de las cenizas como ave fénix, en un mundo enfermo, atravesado por desigualdades, explotaciones, humillaciones y muertes. Para otros, de sumisión y de espíritu de rebaño cultural, confesional y mediático. En esta trayectoria, no dejamos de ser ilusos en un orbe aquejado y sumido por el dios dinero; ahora virtual, inscrito en un nihilismo político y cínico de sus gobernantes que llaman al orden, en medio del desarraigo, atrapado en un presente soñoliento y pútrido, en el que la historia deja de ser. Sólo existe el olvido y el espectáculo mediático. Es más, el ensueño queda atrapado en un monótono presente, maquillado de hedonismo por el espectáculo y por el consumo, incapaz de ir un poco más allá.

En gran medida, la crítica nihilista obedece a cuatro aspectos centrales:

1. Crítica a un modelo económico, social y político.
2. Crítica a la civilización occidental en sus valores.
3. Crítica a lo que es el hombre. Antropología.
4. Crítica al presente.

Estos cuatro aspectos se cruzan y se diferencian. Unos son “autodestructivos”, otros son afirmativos, otros van más allá de su condición e inauguran modos de pensar, en el que el hombre aún sigue siendo aquel ser sin una definición precisa y en crisis frente a ella a lo largo de su historia reciente, dándole fragilidad, ambigüedad, donde la tecnología cuestiona su condición como aquel ser que ocupa el lugar preponderante.

Por tanto, el nihilismo es una crítica, un cuestionamiento, una radical transformación de una época presente en crisis, en decadencia y que se desrealiza como realidad dominante. Quedan los ecos, los lamentos conservadores, que se resisten a su derrumbe irremediable, como un castillo de naipes, donde su solidez se vuelve efímera y se desvanece cual chasquido de

dedos. Es así como se vive una época atrapada por el espíritu nihilista, que derrumba los valores y verdades mantenidos.

1.2 NIHILISMO, POLÍTICA Y CAPITAL

Si hablamos de un nihilismo económico - político, es porque somos conscientes de lo heredado para nuestro presente, donde el panorama no es alentador, a pesar de la tecnología y de sus “favores”; cuyos bienes y ganancias quedan en unas cuantas manos, además de unas vidas espiadas a través de los datos o con el mero entrar al internet. ¿Qué encontramos? Desigualdad social y pobreza, destrucción del ecosistema, pandemias, control biopolítico, guerras artificiosas, migraciones. En otras palabras, se vive en una permanente crisis y parece que se ha convertido en un modo de vida enraizado no sólo en un modelo económico, sino cultural y civilizatorio, cobijando tanto a Occidente como a Oriente. Hoy, un simple estornudo en cualquier lugar del planeta, afecta a todos sus habitantes, en lo que se ha dado en llamar un mundo globalizado, pero fragmentado, individualizado, competitivo y que ha quebrado lazos culturales. Este nihilismo para ciertos pensadores, tiene nombre propio: sociedad del libre mercado. El cual resalta por su espíritu de brutalidad en su accionar, donde lo humano es sometido a un dispositivo de producción, reproducción y acumulación de riqueza. Es lo heredado de un modelo nihilista económico, caracterizado por su espíritu de catástrofe y devastación. Pues para él, está primero la riqueza, antes que lo humano, la vida o el ecosistema; prefiere, en medio de su postura enceguecida por la riqueza, destruirse a sí mismo. Es lo que hoy hemos heredado y vivimos en profunda crisis, que nos recuerda que la vida y la especie humana son frágiles ante cualquier evento natural o artificial que las ponga en peligro. No hay nada ganado hasta ahora.

Una crítica nihilista hacia lo que hemos sido, pasa por el cuestionamiento a fondo del dispositivo social y su paradigma económico, que por su comportamiento semeja una acción de feroz cataclismo, no sólo en lo humano, confinado en un dispositivo racional, sino del entorno. En esta dirección, vemos seres humanos sin espíritu y sin sentido, atrapados en la alienación de sus existencias grises a pesar de la diversidad y de vitales colores en el mundo. Dicho dispositivo racional-económico, se destaca por su metafísica y por su efectivo funcionamiento frente a hombres y mujeres. No sabemos cómo

aprehenderlo, pero sabemos de sus efectos sobre nuestras vidas, en especial, desde el orden cultural e ideológico, que es uno de los aspectos a cuestionar, en el que el nihilismo lanza sus dardos desde el siglo XIX, en especial con los pensadores rusos y alemanes. El centro del debate: la muerte de Dios y de los valores heredados de la cultura, que equivale a la pérdida del sentido singular y del significado colectivo para la existencia. En este razonamiento, destacan tres fuertes exponentes: Dostoievski, Marx y Nietzsche.

Los riesgos frente al nihilismo es que nos puedan llevar a una actitud pasiva ante la vida y sus inclemencias sociales, como peligrosamente se deja entrever en la actualidad con el derrumbe de las llamadas democracias liberales, antecedidas históricamente por el mal llamado socialismo real, colapsado a fines del siglo XX, apareciendo nubarrones en el escenario político de regímenes arbitrarios, que desconocen sin rubor alguno a las mayorías que reclaman mejores condiciones de vida. Ya la pandemia del Covid - 19 se convirtió en un laboratorio de estas neo expresiones totalitarias. De cara a este tipo de nihilismo, nos encontramos con uno de corte nietzscheano, con su martillo destructor del antiguo hombre de rebaño; el marxista, incisivo frente a la economía burguesa. Ambos conducen a un nuevo constructo de mundo que permite recomponer la existencia humana.

La historia del nihilismo está ligada a la historia del Ser en Occidente, regazo de praxis, también de olvido. De ahí la pérdida de sentido, absorbido por un mundo cosificado (Lukács), de excesiva racionalización y de control, como un gran dispositivo hacia las vidas, desde un interés económico, cultural y de creencia. En este recorrido, nos encontramos con un aparato económico que doblega, que oculta, si es preciso elimina todo aquello que se le antepone, sin importar lo que sea. Lo que nos lleva a decir que el nihilismo está enraizado en el espíritu de una época, como lo está en el espíritu del capital; caracterizado por la explotación de la inteligencia y la fuerza humana; en unas vidas que políticamente están “vacías”, y que sufren una fuerte colonización mental de orden ideológico. Es innegable que el capitalismo, por muchas ilusiones maquilladas que nos brinda, por todas las aparentes ventajas que nos dé, tanto en la economía, como en la frágil “libertad” individual, que algunos llamarían la libre elección; su alma nihilista brilla por la destrucción de todo aquello que le rodea. Su característica es la insaciabilidad. Todo aquello que cae bajo su órbita,

se vuelve objeto de consumo, ganancia y destrucción; esto incluye la cultura, el arte, el intelecto y la misma política por excelencia; en un mundo atomizado, muchas veces insensible y con ausencia de sentido, unido a la incertidumbre cotidiana y mundial, en el que la subjetividad se vuelve insignificante, a no ser que sea una mercancía; donde la humanidad de los sujetos sociales es mediada por su utilidad económica. (Bauman) Por tanto, muchos seres humanos pierden sentido de vida, arrojados a un profundo vacío, no sólo existencial, sino de orden nihilista, en el que quedan atrapados en la pasividad. Para ellos, el mundo carece de importancia, no se reconocen en él; atrapados en una pobreza espiritual y de sensibilidad. En lo que podemos llamar, una *desposesión de sí mismo*.

El espíritu del capitalismo se caracteriza por su acción nihilista, no sólo en la cultura, en la ética, en la política, en el ecosistema, sino especialmente sobre aquello objeto de su interés: la vida humana. Asistimos a la destrucción de la cultura humana, que ahora se centra en una cultura del consumo depredador, amparada en un nihilismo pasivo y no liberador, que nos vende la idea de que es imposible vivir y construir un mundo radicalmente diferente al que vivimos. Contrario como lo manifiesta el pensamiento de Marx y Nietzsche, que invitan a otro modo de existencia, que encuadra en la constitución de un sentido y significado de un mundo estético-ético-político nuevo, que va más allá de un nihilismo pasivo, en el que el sentido ha perdido su peso, en asocio con la existencia. Esto último conduce a una transformación radical y singular de la condición humana. ¿Qué caracteriza al nihilismo pasivo? La desorientación o pérdida de sentido, la soledad, el cierre de caminos, la falta de seguridad y de morada. Es así como el nihilismo pasivo, auspiciado por el discurso del capital, es el campo perfecto que involucra a la subjetividad en su autodestrucción, en su combate contra la libertad; hace ver un no futuro, una desesperanza y conduce a caminos de cinismo, donde no hay posibilidad de cambio alguno. Es el mundo donde muchos quedan atrapados en el engranaje de la explotación de la vida y el pensamiento, en el que el discurso político se convierte en su aliado, en una época, en un presente, que cultiva el sinsentido y el desencanto del espíritu humano de manera enfermiza.

Ahora bien, en nuestra actualidad, ¿cuál es la relación entre el nihilismo y lo político? La enfermedad del espíritu humano y la acción del capital, como del poder en mutua alianza, se empecinan en mantener dicho nihilismo pasivo en un

estado crónico, como válida normalidad, ante la mirada impotente del sujeto social; en un llamado a decir que nada se puede hacer, que nada puede cambiar, que no hay sentido alguno. En consecuencia, se desarman las voluntades, que viven en un permanente estado de miedo, de angustia, de pánico o zozobra y de impotencia ante lo que sucede, frente a la destrucción de toda verdad, asaltada por el espíritu financiero especulativo y mediático, de la irrupción de mentalidades autoritarias que hablan a nombre de la maltrecha, fetichizada, fálica y prostituida democracia mercantil (Badiou), amparados por grandes intereses económicos.

El accionar del nihilismo pasivo en el espectro político, invita al cansancio, a la apatía, como enfermedad crónica de la población, impotente ante cualquier posible trasformación de orden social, carente del deseo que impulsa a la acción política. Es así, como este tipo de nihilismo se convierte en una patología, que impide salir libremente de las ruinas espirituales en la que hemos quedado atrapados en el desaliento, en el escepticismo, en el que la destrucción de la cultura enferma y agónica (Nietzsche) queda a medias. Por tanto, no hay extinción de lo cuestionado como sentido o razón de ser, como son los valores moralistas y la misma economía del libre mercado que hoy se vive, disfrazada con falsos discursos de un capitalismo con rostro humano, ecológico y todas las bagatelas que se desprenden de él. En esta dirección, el nihilismo pasivo no da el paso a seguir y se queda aferrado en la angustia y la desazón del presente; aturdido por el desenfreno hedonista de vivirlo y consumirlo salvajemente en su conformidad, en medio de las ruinas, en el que la vida queda en entredicho. Cosa contraria, es el nihilismo activo, que va más allá de lo destruido y permite construir un nuevo paradigma en las maneras de ser, de la existencia y no de un nihilismo arrojado a los bordes de la nada, de la ansiedad, de la desilusión, que ve la mercancía, no sólo como consumo, sino como tabla de salvación.

De lo anterior podemos decir que la esencia del nihilismo pasivo, no es tanto la cosa en sí, o la mercancía ante la cual se encuentra atrapado, sino su vacío ante ella, ya que una vez consumida, queda la nada como esencia. De ahí la urgencia de seguir consumiendo cada vez más cosas, acompañada de la ansiedad. Quien bien ha trabajado estos últimos aspectos de la existencia humana es Kierkegaard en sus diversos escritos, que en su reflexión atraviesa nuestro presente, nuestra actualidad, inscrito en la soledad del sujeto carente de

sentido, sin dirección, sin referencia. Así, hoy en lo político, vivimos una época no sólo nihilista, sino del derrumbe funesto de la civilización occidental o de la misma civilización humana. Cuya reacción es, no sólo la violencia, la guerra, sino posturas radicales de derecha o ultraconservadoras, fenómeno que cobija otras posturas políticas, que han impactado a miles de seres humanos, con un discurso invasivo del libre mercado, que no respeta frontera alguna. En esta dirección, el ser - humano es aquel que se encuentra fascinado por el peligro de su desaparición a través de su autodestrucción, en una especie de alienación nihilista. Y esto debido a que sabe de su finitud, de la cual toma conciencia por medio de la violencia, de la guerra, de la enfermedad, entre otras; que conducen al aniquilamiento, a la nada literal. En derivación, el nihilismo pasivo queda atrapado en su primera fase de destrucción, que conlleva a una vida política del no querer cambio alguno, vivir en las ruinas, aceptar regímenes autoritarios que hablan a nombre de la democracia, tal como se vivió en el siglo XX y que hoy toma otro rostro más sutil, amparado en un espíritu relajado y consumista, en el no querer hacer nada, en asumir una postura de indiferencia ante el presente, cruzado por profundas desigualdades sociales. Por tanto, a diferencia del nihilismo pasivo, el nihilismo activo interviene y transforma lo cuestionado y se proyecta hacia lo inédito, hacia otro mundo radicalmente diferente al derribado; lo cual invita a construir sobre lo destruido.

El nihilismo refleja la crisis de una época cansada en su trajinar y espíritu civilizatorio, como quiebre significativo de un modo de vida, de un modo de pensar. En este sentido, el nihilismo activo se caracteriza porque se des-institucionaliza, se vuelve libertario, va más allá de toda indiferencia y del mismo miedo que hoy surca a las sociedades contemporáneas, en complicidad con la lógica del capital y de la guerra, en el que prima la muerte y la destrucción sobre la vida. De esta manera, en el nihilismo todo se vuelve posible, en especial en el terreno político, cultural, religioso y social, donde todo es viable como lo dijera Dostoievski en su obra *Los hermanos Karamazov*, con la muerte de Dios; donde todo es posible, donde la vida se vuelve precaria, inestable, contingente, en crisis, en particular para los que viven en la miseria y en la pobreza, tanto económica como espiritual. Los nihilistas pasivos, además de su conformismo, viven en su descreencia cultural. Es el fantasma que ha recorrido el alma de la modernidad y de nuestro presente. De modo que, si abordamos el nihilismo

activo, nuestros referentes ya mencionados son: Marx y Nietzsche. Su accionar, en rasgos generales, se centró en lo económico-social y en lo cultural-moral, en la consolidación de un nuevo modo de vida social y de un nuevo superhombre dueño de sí mismo; cosa de paso que el nihilismo pasivo renuncia a seguir, se encasilla en una postura del sinsentido y la pérdida de sensibilidad. Obviamente, sin negar que el nihilismo no deja de ser un sentimiento e incluso, un sentido de finitud de la existencia de la época en el que está inscrito.

Lo anterior nos lleva a decir que la contradicción en el terreno político mueve al nihilismo y sus formas extremas, pasadas muchas veces por regímenes destructores de vida, como en el caso del nazismo; con un patrón común, no sólo de la destrucción cultural, sino de la vida; siendo la máxima expresión del nihilismo político y económico contemporáneo, ya que soberanamente dispone sobre la vida en su negación y en alabanza a la muerte, a la finitud, a la nada. Así, nos encontramos con un nihilismo de corte filosófico, que cultiva un discurso para la muerte, para la desesperanza; en el que la nada se anuncia y desarma cualquier posibilidad de nueva vida política y cultural, entre otros; en un espíritu de pasividad y de desencanto, en un mundo donde no hay posibilidad de salir de dicha situación, donde la razón filosófica es puesta en cuestión. En síntesis, nos hallamos ante un nihilismo político que atraviesa en su conjunto nuestro presente, en el que prima la pérdida de la verdad en su cuestionamiento, como de su propio sentido en el mundo, en el que la diferencia entre el nihilismo activo y pasivo, radica en su sentido. El primero está abierto a múltiples salidas, el segundo, por el contrario, cae preso en la indiferencia, en la impotencia, en la inactividad y en la pérdida de orientación.

De modo que, la aparición y crisis nihilista de lo político, del sentido de nuestro presente, de nuestra época, afecta al hombre en su conjunto, en su comportamiento, en su cosmovisión de mundo, hoy fragmentado e inundado por un paradigma virtual narcotizado en sus extremos y del empobrecimiento de la experiencia vital, donde todo posible sentido queda desconfigurado o enajenado, recurriendo a una reflexión marxista del asunto. En otras palabras, en un ser cuya enfermedad crónica, lo pone al borde de la desesperación y de la angustia existencial, pues ni se cura, ni se muere y queda alterado radicalmente su sentido de vida; preso de un aquí, de un ahora, donde la metafísica, por lo menos la de la fe, no tiene lugar en él.

1.3 NIHILISMO Y CRÍTICA DE LA MODERNIDAD

Lo visto nos lleva a preguntar: ¿Es acaso el nihilismo presente el despido de la modernidad como lo anuncian los filósofos postmodernos? Lo cual lleva a decir: ¿Acaso Nietzsche es el filósofo de la postmodernidad? Como mención especial a lo escrito, vale destacar brevemente la relación entre nihilismo, modernidad y presente. En este derrotero, el nihilismo quiebra en sus entrañas, la concepción de espacio – tiempo de la siguiente manera: para la modernidad, para el mundo moderno, el tiempo se encuentra aún ligado a la rutina, a la densidad, en cierta forma a la contemplación en franca desaparición. Este tiempo se encuentra unido a una actitud que se refleja a lo largo de la vida, que incide en la cultura, en la economía, en las instituciones, en el trabajo, en el espacio y un largo etcétera. En el presente que vivimos, se privilegia el espacio unido a la imagen como verdad efímera y veloz; donde para el sujeto social priman, por ejemplo, los viajes, los grandes espacios de los centros comerciales, la estética de la imagen en la mercancía, el conocimiento ágil, pragmático, falto de memoria y de futuro, encerrado en una cultura cognitiva del mercado y de la virtualidad. Así, mientras que, para el mundo moderno, el espacio conserva límites, en el mundo postmoderno no existen. El tiempo en el espíritu de la modernidad se caracteriza por su intimidad; en nuestro presente postmoderno por su exhibición. Esto último, donde lo que podemos llamar la constitución del sentido en el sujeto, en el que el nihilismo hace su aporte. La realidad ya no lo es, en cuanta verdad-fundamento, perdiendo entera credibilidad ante el presente, surcada por una fuerte distorsión y engaño retórico publicitario. Tenemos un mundo que ya no es, que cae a pedazos y otro que nace por fragmentos, que aún no se ha constituido como un todo.

Una de las características de la modernidad es la historia unida al relato, llevado en su culminación al historicismo y que el nihilismo cuestiona por su espíritu teológico, entre otros. ¿Qué lugar ocupa la historia en el mundo de la llamada postmodernidad?** El cuestionamiento a la historia no está en su formalidad, sino en lo que ella refleja en la historicidad, es decir, en la constitución de lo que es el sujeto, cargada de teleología, de homogenización,

** Postmodernidad, que en el caso emblemático de Lyotard a finales de la década de los ochenta del siglo XX, la define como una *reescritura* de la modernidad en algunos de sus rasgos característicos. En consecuencia, no se refiere a una nueva época. Ya que reescribir la modernidad para el filósofo francés, es resistir a la escritura de una supuesta postmodernidad.

además de un discurso ideológico, según el prisma. Hoy la historia, está regulada mediáticamente, con otro contradiscurso histórico, nacido de las profundidades de la misma historia*, caracterizada esquemáticamente por su estilo light, por el olvido, por su poco peso en el currículo escolar, como sucede con la filosofía y las humanidades en su conjunto; o lo que algunos académicos argumentan como el fin de la historia, dentro de lo que se puede llamar una ontología de nuestro eterno presente, cargado de exorbitantes noticias o posturas académicas falsas. A todo esto se suma la crítica a la razón y modernidad eurocéntrica, objeto de discusión a mediados y fines del siglo XX; ante la cual vienen surgiendo otras diversas miradas y posturas de la misma. Por ejemplo, la modernidad barroca latinoamericana de Bolívar Echeverría, entre otros. ¿Qué papel juega el nihilismo al respecto? ¿En especial en lo que tiene que ver con una ontología de nuestro presente? En este sentido, el nihilismo activo, como en el caso de Nietzsche, sería un comienzo inscrito en la idea del eterno retorno, como experiencia nacida de la disolución de los antiguos valores que afectan a la existencia humana en su historicidad y al conjunto de la civilización occidental; sin antes decir que la ontología hoy se disemina en una hermenéutica en la que todo se vuelve mera interpretación, donde el Ser se disuelve a sí mismo.

Hoy se argumenta que vivimos históricamente otro modo de ser, otro tipo de experiencia. Se ha vivido la experiencia de lo sagrado, de la fe, de la ciencia. En nuestro momento se cruza con la estética y la tecnología, que filósofos como Nietzsche y Foucault, reivindican como una estética de la existencia, como verdad de lo fragmentado. En esta dirección, para Vattimo, ser nihilista, vivir la experiencia de la misma, significa ser un nihilista cabal, como opción de vida, que no es de orden metafísico, mucho menos antropológico; pues no solamente se da la disolución de los valores, sino la muerte de Dios, en especial el filosófico y la muerte del hombre como constructo de fe y de razón. Esta última criticada por filósofos contemporáneos, que, como en el caso de Foucault, o como en el terreno de la literatura en Dostoievski con *Memorias del subsuelo*, ponen en entredicho el legado de la razón de Occidente. Este es el nihilista, el topo que socaba la realidad vivida, el espíritu del presente. En otras palabras, lo que se lleva a cabo es la desrealización de los valores supremos de la cultura, en el que

* No nos detendremos de manera específica en la historia social marxista, de las luchas sociales, la cual amerita otro espacio de reflexión.

el nihilista se reapropia de lo suyo en la disolución de la realidad construida por la humanidad en su conjunto. Es el nihilista que expresa el desarraigo de la realidad que vive con otros. Detrás de todo esto, está la desnudez del Ser en el mundo, ni siquiera su ocultamiento heideggeriano o ideológico, sino su intemperie, acompañada de su crisis originaria, en gran medida heredada del siglo XIX europeo. Ni que decir del ocultamiento de la metafísica y del sujeto como manifestación de la crisis y del nihilismo, inscrito en un mundo altamente racionalizado y tecnificado en sus estructuras, no sólo institucionales, sino en el mercado y en la vida privada. Así, el espíritu del nihilismo, es el de la crisis del presente, el que la registra en profundidad.

Es así como vemos el papel del nihilismo en la historia humana, en especial la occidental, lo advertimos con el nacimiento del pensamiento filosófico desde la antigüedad, en su disolución y aparición de la fe cristiana en el mundo medieval, en el surgimiento renacentista, en la razón y la ciencia moderna, en la aparición contemporánea de un mundo de la técnica y la tecnología. En otras palabras, el nihilismo como fuerza de cambio.

Ahora bien, el nihilismo no es solamente la demolición y crítica de un modo de ser, de pensar y de vivir en especial en Occidente, sino una superación o un ir más allá sobre algo que ya no nos dice nada y nos oprime en su persistencia. En esta dirección, el nihilismo activo es un liberador frente a verdades eternas o absolutas, de una historia lineal o de un historicismo absoluto, entre otros. ¿El nihilismo activo anuncia un mañana? ¿Es el cantar de un nuevo mundo? ¿Este nuevo mundo no trae bajo su manga otra nueva teología? Constituyéndose en un acontecimiento, que sacude no sólo a las estructuras universales del pensamiento, sino a la misma existencia. Es el anuncio de un nuevo modo de vida en todas sus dimensiones, incluyendo lo social, lo económico y lo político, como el de un nuevo tipo de hombre, cuya voluntad es tajantemente fuerte, en un modo de vida constituido como obra de arte en seres radicalmente singulares; donde el lenguaje, la palabra escrita, cambian respecto al Ser, o respecto a la misma ontología, según la episteme o contexto histórico. Asimismo, desde el campo de la filosofía, de los filósofos, su creatividad descansa en la creación de conceptos universales frente a lo fragmentario. Hoy algunos filósofos, paradójicamente, cuestionan lo universal desde lo fragmentario, lo cual constituye una seria controversia a la misma filosofía de lo que ella inaugura con

la razón. En otras palabras, el nihilismo es un fenómeno histórico, el cual se gesta en las entrañas de cada época, no es un asunto de fe, de orden metafísico, que pregunta por la condición del Ser en su presente, en su época, es un estado latente que impacta la vida no sólo de los seres humanos, sino en todos los órdenes de lo que ha sido la cultura occidental.

2 PARA UNA CONCLUSIÓN

Recogiendo el espíritu del escrito, centrado en tres breves capítulos, podemos destacar lo siguiente: el nihilismo es hijo de toda época o historia humana, es lo que, de una forma u otra, dinamiza y cambia las estructuras, modos y condiciones de vida de los seres humanos. Es así como destacamos dos visiones y acciones del espíritu nihilista. El pasivo, que niega la posibilidad de otro modo de vida en toda su amplitud. El activo, que es aquel que cuestiona lo vivido en aras de una nueva vida, de un nuevo paradigma como antídoto a una época enferma. Como lo menciona Eugen Fink, respecto a Nietzsche, el nihilismo es la devaluación de los anteriores valores, o mejor, de los viejos supremos valores, donde emergen las valoraciones ocultas y se anuncia con fuerza una visión nueva, dada con el nihilismo activo. Así, para Fink, el nihilismo, además de ser una señal de decadencia, es asimismo lo intermedio entre un final y un comienzo en el que se confunde. Este intermedio es nuestra época, nuestro presente, al cual queremos renunciar.

En consecuencia, por su condición, el nihilismo delimita fronteras. El antiguo y nuevo mundo. El nihilismo es el estado normal del presente, de la época en el que se consume (Heidegger); el cual no sólo se presenta por medio del lenguaje, sino también por medio del comportamiento, por medio del cuerpo, como malestar de la forma, la cual afecta la condición del Ser, atrapado en la mayoría de las veces en la apariencia, que lo oculta y ahonda su olvido ante la mirada indiferente y que para Heidegger se da a través de la técnica; pero se debería ir más allá, a través del capital: padre o madre de toda apariencia histórica y contemporánea. No sólo el capital anula por medio de la apariencia-consumo la presencia del Ser, sino todo aquello que le es crítico, que le cuestiona en su aparecer, en su anuncio como férreo oponente.

REFERENCIAS

Badiou, Alain. (2005). *Filosofía del presente*. Zorzal.

Bauman, Zygmunt. (2008). *Archipiélago de excepciones*. Katz.

Bolivar, Echeverría. (1998). *La modernidad de lo barroco* Era.

Dostoievski, Fedor. (1982). *Memorias del subsuelo*. Editorial Skla.

Cioran, Emil. (2019). *Soledad y destino*. Hermida Editores.

Dostoievsky, Fedor M. (2004). *Los hermanos Karamazov*. Editores mexicanos unidos, s.a.

Jünger, Ernst; Heidegger, Martín. (1994). *Acerca del nihilismo*. Paidós

Esposito, Roberto; Gali, Carlo y Vitello, Vicenzo. (2008). *Nihilismo y política*. Manantial.

Fink, Eugen. (1982). *La filosofía de Nietzsche*. Alianza Editorial.

Foucault, Michel. (1984). *Las palabras y las cosas*. Siglo Veintiuno Editores.

Gil Claros, Mario Germán. (2016). *Sartre filósofo. Ontología de la acción*. Rosa María Porrúa.

Gil Claros, Mario Germán. (2008). La Idea de Humanismo en Garaudy, Sartre y Althusser: Una Polémica. A parte Rei. Revista de Filosofía. 75, 1- 23. http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/index3.html

Hegel, G.W.F. (1985). *Lecciones sobre la filosofía de la historia*. Alianza Universidad.

Kant, Imanuel. (2006). *Cómo orientarse en el pensamiento*. Quadrata.

Kierkegaard, Sören. (1979). *El concepto de angustia*. Espasa-Calpe.

Lyotard, Jean-François. (1998). *Lo inhumano. Charlas sobre el tiempo*. Manantial.

Lukács, Georg. (1970). *Historia y conciencia de clase*. Editorial Ciencias Sociales del Instituto del Libro.

Marx, C. Engels, F. (1973). Manifiesto del Partido Comunista. En *Obras escogidas. I.* Progreso.

Mora, José Ferrater. (1982). *Diccionario de Filosofía. T.3*. Alianza Editorial.

Muller Gómez, Alfredo. (2016). *Nihilismo y capitalismo*. Desde abajo.

Nietzsche, Friedrich. (1998). *Nihilismo: Escritos póstumos*. Península.

San Agustín. (2011). *La Ciudad de Dios*. Editorial Porrúa.

Turgeniev, Iván S. (2007). *Padres e hijos*. Austral.

Vattimo, Gianni. *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*. Gedisa.

Volpi, Franco. (2016). *El nihilismo*. Siruela.